

¿ORFANDADES DE LOS JOVENES O AÑORANZAS DE LOS MAYORES?

– Joaquín María García de Dios –

***Nadie es huérfano por gusto.
La orfandad no se elige: se padece.
Los huérfanos nunca son los culpables.
¿Y si lo fuésemos nosotros?***

Porque, aunque la orfandad sea un hecho objetivo, no se vive hasta que no se siente como tal orfandad. Somos los mayores los que les vemos privados de lo que creemos deberían tener. Pero hasta que ellos no sienten la necesidad o la carencia, todavía no se sienten huérfanos.

Estamos tan acostumbrados a sentirnos la norma, el paradigma, el canon de lo que está bien, que todo lo demás lo leemos no por cómo se vive sino por cómo, según nosotros, se debería vivir.

Es normal que a los adultos nos pase eso. Pero no siempre significa una mejor comprensión de lo que viven los jóvenes. Ni significa la cabeza de puente más idónea para comunicarnos con ellos.

Por eso ellos no entienden muchas veces nuestro lenguaje: porque estamos aludiendo a experiencias que ellos nunca tuvieron y que, por eso, nunca pueden echar de menos.

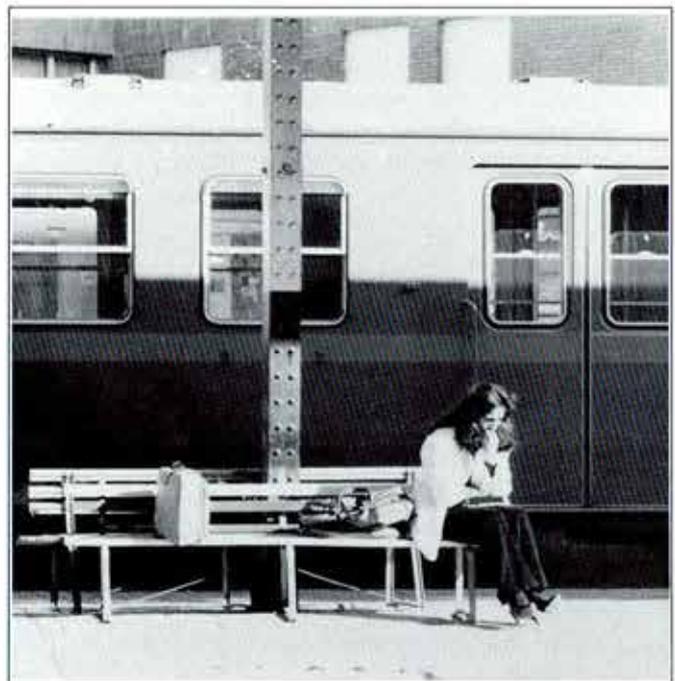
Otra cosa será saber si es bueno que se las hagamos experimentar para que ellos las puedan descubrir y disfrutar; o que nuestro diálogo con ellos sólo vaya a servir para que echen de menos lo que nunca fue su expectativa.

Cuando quieres bien a alguien le comunicas lo que, para ti, es una riqueza de vida. Pero cuando quieres mucho a alguien, sabes detenerte justo en el momento en que le vas a comunicar algo que, a la hora de la verdad, sólo va a poder echarlo de menos, y nunca va a poder disfrutarlo.

Esa es la ambigüedad de cualquier planteamiento sobre las orfandades de la juventud.

Como resulta inequívocamente diferente la orfandad de los que nacieron huérfanos de la orfandad de los que se quedaron huérfanos después de haber tenido una excelente experiencia de padre y madre conviviendo y enriqueciendo su vivir de cada día.

Por eso nuestro planteamiento inicial podría clarificarse con estas cuatro formulaciones diferenciadoras:



- Hay experiencias de las que se sienten huérfanos los jóvenes españoles; y, a poco que hablemos con ellos, enseguida te lo formulan.
- Hay experiencias de las que les hacemos sentirse huérfanos: ellos nunca habrían tenido acceso a otras experiencias o a nuestras informaciones sobre las mismas.
- Hay experiencias de las que creemos que deberían sentirse huérfanos: porque consideramos que son algo muy vital y muy enriquecedor en la aventura del vivir humano.
- Hay experiencias de las que necesitamos que se sientan huérfanos: su divergencia de valorar la vida nos hace sentir incómodos: como que nos resulta difícil que el siguiente paso de la evolución social, artística, religiosa, de cualquier tipo de valor, arrumbe nuestros valores (y nuestros ídolos) y surja una nueva humanidad que no sólo no se parece a la nuestra, sino que ni necesita parecerse a la nuestra y que, en poco tiempo, va a arrumbar y hasta a ridiculizar a la nuestra.

1. Las orfandades más básicas son estas tres:

- huérfanos de madre**
- huérfanos de padre**
- huérfanos de padres**

Aparte de las experiencias normales de orfandad que presentan las estadísticas: niños sin madre, niños sin padre, niños sin padres; existen esas otras orfandades más sensibles y, posiblemente, con una repercusión más sutil y más eficaz en la juventud, que son las de los niños con madre biológica pero sin madre presente, o sin madre afectiva, o sin madre pendiente, o sin madre maestra o sin madre paciente, o sin padre presente, o sin padre atento, o sin padre con tiempo y talante de estar enseñando al hijo a nivel de alfombra de la casa o de testigo de los logros del hijo o de confidente de los miedos y atascos académicos o sentimentales de su hijo.

Pero sobre todo la orfandad creciente de pareja de padres que viven y aparecen ante sus hijos como una pareja de amor, de expresión de amor, de concordia, de apoyo mutuo, de esa experiencia única que significa para unos hijos la presencia de sus dos padres en la misma casa.

Muchos jóvenes españoles de hoy (como en torno a un 25%) no tienen a sus dos padres en casa, o porque se han separado o porque están en proceso de separación.

Esta orfandad de padres unidos no tiene un nombre específico, aunque hay suficientes intentos de tipificar el síndrome de los hijos del divorcio. Pero no valen los síndromes descriptivos, ni siquiera para los dos o tres hijos de una misma familia.

De todas las orfandades, quizá sea ésta la más radical (por raíz de tantas otras orfandades que se derivan de ésta).

Racionalizar estas situaciones no soluciona a los hijos su orfandad.

La creatividad que intente disminuir o evitar estas situaciones, tendrá que pasar por una educación para vivir en pareja, y por una educación para tomar la decisión de tener hijos un poco más honda y estable que la toma de decisión para casarse ocasionalmente, tener hijos ocasionalmente y hacer en cada momento lo que parezca menos inconveniente. Pero sabiendo que la orfandad de la presencia enriquecedora de unos padres en la infancia es, posiblemente, más grave y más difícil de suplir que la ausencia de unos padres muertos en accidente o por enfermedad. Y las repercusiones de esta orfandad se manifiestan, inequívocamente, en la juventud.

Un sistema de valores que sólo ponga justificaciones y parches a las separaciones y que no logre evitarlas y hacer vivir a las parejas su aventura de serlo con un máximo de riqueza afectiva y efectiva, es un sistema de valores más egoísta que solidario, más a mínimos que a máximos y más regresista que progresista.

El que aumente el número de divorcios no es un síntoma de progreso. Como tampoco lo es el que aumente el número de huérfanos.

2. Huérfanos de logros debidos al esfuerzo propio

Son muchos los jóvenes que todo lo hacen a mínimos. Son muchos los jóvenes que sólo buscan rebajas en todo: en las exigencias académicas, en la firmeza y estabilidad de sus compromisos, en la aceptación de las reglas de juego....

Y de ahí, la especialidad en la fuga de los acuerdos pre-



ceptados, la inexperiencia de sentirse responsables en los compromisos adquiridos, y en el echarse atrás ante desafíos que suponen algo de riesgo y algo de generosidad.

Porque son muchos los jóvenes que están disfrutando de lo que se les ha regalado y casi nada de lo que han logrado. Y no tienen la experiencia de que los logros, gracias al esfuerzo propio, son las experiencias más satisfactorias y placenteras del existir humano. Pero ni tienen esta experiencia, ni la quieren tener, ni hay nadie que se la brinde. Y la escuela, o se maternaliza y dimitte de ser una escuela de investigación activa, o se hace pétrea en sus exigencias e inasequible en sus metodologías, de tal manera que no estimula al logro con esfuerzo. Y lo mismo en la familia; se sobreprotege, se canguriza, o se ordena, guía y dogmatiza tanto que ya sólo se puede uno o someter, o aguantar o convertirse en paciente pasivo.

Y quedan los jóvenes sin el punto de referencia de haber logrado superar los propios límites, realizar algunos de sus sueños, conseguir algunos de sus caprichos, pero debiéndoselo a sí mismos.

Se salvan ese 10 por 100 que encuentra en la aventura de la montaña, en la realidad del deporte, o en la creatividad de tocar un instrumento o en la expresión artística del dibujo o de la expresión teatral o literaria, un ámbito donde ensayan sus posibilidades, inventan nuevos caminos, y se sienten recompensados con los propios logros que comparten con los demás de una manera diferente, porque no son ni comprados ni regalados, sino logrados gracias a la propia inventiva, persistencia, ensayo e intuición.

La privación de este tipo de experiencias es una de las orfandades más típicas de una juventud que es más consumista que poeta, y más cómoda y acomodada que investigadora, y más gastadora que productiva.

3. Huérfanos de imaginación en su infancia y en su adolescencia

Son otros los dueños de los fantasmas. Son otros los que se adelantan a inventar los modelos, los personajes, las aventuras... Todo está exhibido de antemano. No importa que uno no sea japonés. Le imponen la fantasía de las imágenes japonesas. O americanas. O checas. Total ¡qué más da! La

fantasía la gobierna la televisión: con dibujos animados, con modelos de entretenimientos juveniles, con series que polarizan hasta la manera de vestir, de expresar, de besarse, de relacionarse, de utilizar la vivienda, de celebrar los cumpleaños, de encontrar en la cueva lo que hay que encontrar...

Cuando alguien no ha tenido la imagen impresa, la puede inventar. Cuando la abuela cuenta un cuento, sin apoyo visual, la imaginación crea sus fantasías. Y tienen el encanto de ser despertadas por el relato de la abuela y de ser fantaseadas por cada niño.

Pero cuando el audiovisual manda, la fantasía muere. O se condiciona de tal manera que ya sólo sabe, como un ordenador adiestrado, mezclar las fantasías ya grabadas en el cerebro.

Cuando ya no sólo no se sabe inventar un juguete, sino que ni siquiera se le ocurre a uno una nueva manera de jugar con el juguete: es indispensable leer las normas para su empleo.

Cuando un grupo de jóvenes, si se empeñan en construir fantasilandia, sólo son capaces de reproducir las fantasías de otros que ocuparon los módulos de la fantasía.

Cuando los experimentos en el laboratorio de ciencias experimentales sólo consisten en reproducir el experimento descrito paso por paso en el libro, ya no puede intervenir la chispa de la imaginación de quien es capaz de construir el experimento, de ensayar hasta lograr.

Pretendiendo excitar la fantasía, se la mata. Y nunca en beneficio de la creatividad juvenil, sino del consumo juvenil.

Porque todavía existe la posibilidad de llevar a la imaginación juvenil a la creatividad. Pero los condicionantes son tan fuertes.....

Existen grupos de educadores, monitores de campamentos juveniles, conductores de grupo que lo logran. Pero siempre se quedan en salvar a pequeños grupos ya motivados. La juventud (aunque suene paradójico) no está desprovista de fantasía.

Algunos han logrado anestesiársela para que no la usen. ¿Sólo los mercaderes o también la mayor parte de los educadores? ¡Ay del poeta! ¡Qué mal lo va a pasar en la escuela y cuánto va a tener que padecer en su propia casa! «Olvídate de tu imaginación.

Vivirás con menos problemas». «Todos los intentos de resucitar el romanticismo no han sido más que eso: romanticismo; sin ningún futuro».



4. ¿Huérfanos de lectura?

Y lo formulo en interrogante porque las últimas estadísticas dicen que más de un 40 por 100 de los adultos españoles no leen ni un solo libro al año. Pero también dicen que los jóvenes leen un poco más. Y ahí se queda todo: en una afirmación que no hace la menor alusión a la cantidad, y mucho menos a la calidad de la lectura: no a que los libros sean de calidad, sino a la calidad humana en la experiencia del leer.

Cuando empecé a pensar en las orfandades de la juventud, una de las primeras que se me presentó fue la orfandad de la lectura, del establecer comunicación con los grandes autores y pensadores de la humanidad, de ese pretexto para tener opiniones, ocurrencias y sentimientos propios a propósito de lo que

se dice o se vive o se insinúa en las páginas de un libro. Esa posibilidad de seguir el propio ritmo, de pasar una página, para adelante y avanzar, o para atrás y repetir... Esa experiencia del libro preferido. Esa experiencia del libro sustituido. Esa experiencia del libro debajo de la almohada. Esa experiencia del libro leído a hurtadillas. Esa experiencia del libro compartido con un amigo.

Yo creo que no se trata de la rivalidad de la pantalla. Se trata de que el libro es más una decisión propia que una imposición. El libro lo escribe alguien pero lo elijo yo. Y no me lo da todo hecho.

No sé si será extensivamente grave esta orfandad. Pero la orfandad de lectura es, como minimum, la privación de tantas satisfacciones, que debería preocupar a los educadores. Y son tantos los llamados educadores que hacen odiosa la lectura y hacen sentir a los adolescentes que los libros son una carga cada vez más pesada, que uno empieza a pensar si van a tener que ser los especialistas en marketing los que van a tener que convertir la lectura en un placer apetecible. Pero sin lectura uno crece demasiado huérfano de humanismo.

5. Huérfanos de libertad

No de libertades. No de ruptura de tópicos y tabúes. No de la posibilidad de derribar o arrinconar ídolos. No de rebeldía (aunque a uno le abrumba tanta mansedumbre en las manadas de jóvenes que te encuentras en tantos sitios cada semana). Sino de libertad interior, de disponibilidad de uno mis-

mo para plantearse tomas de decisiones desde opciones propias. Libertad de miedos, de ansiedades, de necesidades perentorias que no son ni necesidades ni perentorias. Falta de libertad de discrepar, de experimentar, de ser y manifestarse divergentemente, de tener grupos propios, opiniones propias...

Falta de libertad para responsabilizarse. Falta de libertad para autocontrolarse. Falta de libertad para ser autónomos y, sobre todo, para intentar serlo, defenderlo y aparecer como tales.

Huérfanos de experiencias de liberación. Y huérfanos de experiencias de responsabilizarse de la propia vida, del propio trabajo (estudio, profesión a máximos). Y huérfanos de experiencias de aventura y de riesgo. Huérfanos de libertad para la originalidad, para querer romper con las rutinas.

Huérfanos de solidaridad, adiestrados para competitividad, y alabados por el triunfo contra los rivales.

Al ver tanto joven uniformado, hasta en el estilo del vestir, uno piensa que las proclamas de ruptura no significan más que las repeticiones de consignas que se hacen tópico y que se ponen como condicionante para pertenecer al clan.

Es cierto que lo que fueron algunas ataduras, hoy no lo son. Y algunos dicen que son progresos en la libertad. Pero una persona no es libre hasta que siente que dispone de sí misma con realismo y con fantasía a la vez. Hasta que no le vale lo que le vale, no lo que le tiene que valer. Hasta que no logra querer lo que hace, y sólo hace lo que tiene que hacer porque es su deber, o porque es su única salida o porque es lo que está esperando de él.

Huérfanos de libertad por miedo a la libertad, por falta de experiencias de libertad y por estar al cargo de educadores que se preocupan más de poner límites y seguros a la libertad que de brindar experiencias de libertad, aun con el riesgo de que la aprendan con más aciertos que errores, pero también con errores.

Esta orfandad está muy condicionada por padres nada libres y por profesores nada liberadores: cuando la expectativa de unos hijos y de unos alumnos tendría que ser la contraria: educadores que brindan experiencias de libertad, que saben que los jóvenes no son vagones sino automotores. Educadores que tiene en el horizonte no educar para que vivan en el zoo, sino educar para que vivan en donde quieran vivir y como quieran vivir. Se trata de hacer posible la libertad, no de hacerla difícil (que ya lo es bastante) o imposible.

6. Algunas otras orfandades a granel

Huérfanos de modelos de parejas sexuales que merezcan un poco la pena por ser parejas y por ser humanizadamente sexuales.

Huérfanos de tiempos y estilos de reflexión. Huérfanos de experiencias de interiorización, de personalización, de elaborar los propios valores y la propia jerarquía de valores.

Huérfanos del humor y del sentido del humor: para contemplar con comprensión los propios defectos, y para, ver desde la ternura y la comprensión, los defectos y las limitaciones ajenas.



Huérfanos de comunicación interpersonal e intergeneracional: buscando el arrinconarse en una discoteca a todo volumen para dar la impresión de comunicación, pero en realidad hacer imposible toda comunicación que pase por los matices, en expresarse, en escuchar, en dar valor expresivo al silencio entre dos palabras...

Huérfanos de creatividad en la búsqueda y el logro de la variedad, superando toda rutina preconcebida y convertida en expectativa invariable. Huérfanos de creatividad en inventar las propias canciones y los propios estilos de expresión.

Huérfanos de fe: de aprender y querer fiarse libremente de las personas, no de entregarse de antemano a los credos ni a los movimientos institucionalizados. De querer enrolarse en una tarea de humanización de un mundo que ha logrado un nivel de condiciones humanas sólo para un 20% a costa de la inhumanización del 80% restante.

7. ¿Hay alternativas para tantas orfandades? ¿Serán ellos los que tienen que salir de unas orfandades que ellos no crearon?

Los adultos somos los que hemos llevado a la orfandad.

Mejorar su calidad de orfandad puede ser un objetivo.

Lograr que utilicen sus orfandades como un punto de partida realista pero fecundo para dejar de serlo es su posibilidad y nuestra responsabilidad. Su orfandad es de ellos y nuestra. Su solución es más de ellos que nuestra. ¡Ojalá les merezca la pena contar con nosotros para superarla!

Pero prevenir nuevas orfandades es responsabilidad exclusivamente nuestra.

Tratar mal a los huérfanos es denigrante

Echarle la culpa de serlo, es indecente e intolerable.

No contar con su experiencia de orfandad es injusto.

No evitarles la orfandad es irresponsable.

Y aquí se termina la presentación de las orfandades.

Simultáneamente la juventud tiene no pocas riquezas y capacidades que también se las deben a los adultos que han convivido con ellos.